

PENSADOR Y HÉROE

(27 DE ABRIL DE 1867)

I.

En medio de las angustias
 Que sufre Maximiliano
 De Querétaro en el sitio
 Y en su destino pensando;
 Convoca á sus generales,
 Los cuales le aconsejaron
 Emprender una salida
 Sin medir ningún obstáculo.
 Miramón como Mejía,
 Castillo como Arellano
 Se lanzan con fiero arrojo
 Al cerro del Cimatarío.
 Aunque Castillo fracasa
 De Callejas en los llanos,
 Miramón que siempre lleva
 La victoria de su brazo,
 Aniquila al enemigo
 Que retrocede espantado,
 Y entusiasmo y enardece
 A su joven soberano.
 Méndez con igual arrojo
 Obtiene vivas y aplausos,
 Y una victoria segura
 Sueñan lograr sus soldados.

II.

Las tropas aniquiladas
 En el enemigo campo,
 De seguro no contaban
 Más de trescientos caballos.
 Los imperiales ignoran
 Que á reparar tal fracaso

Vienen más de seis mil hombres,
 De Sóstenes Rocha al mando.
 Alistanse presurosos
 Para combatir bizarros;
 Miramón y Méndez quieren
 Darles nuevos descalabros,
 Y al encenderse los fuegos,
 Cuando atronaba el espacio
 La lluvia de proyectiles
 Destruidores como rayos,
 Vuelve Rocha la cabeza,
 Y á los pies de su caballo
 Se encuentra con un amigo
 A quien quiere como hermano,
 Y á quien todos lo respetan
 Por pensador y por sabio.
 —«¿Qué haces en tanto peligro,—
 Le dice Rocha, turbado.
 «Vengo, hermano, á tomar parte
 «Como el último soldado,
 «En este ataque que juzgo
 «Decisivo en nuestro campo;
 «Permíteme que mi rifle
 «Lance su primer disparo
 «A la vanguardia de todos
 «Los que tienes á tu mando».
 —«Ve á cumplir lo que me pides,
 «Y si murieses luchando,
 «Sabrá agradecer la patria
 «Tu heroísmo noble y santo».
 Sin escuchar más palabras
 Se lanza el joven bizarro
 Hasta las primeras filas
 Lleno de ciego entusiasmo,
 Y como un simple riflero
 Hace todos sus disparos
 Y combate hasta que Rocha
 La victoria conquistando,
 Recobra las posiciones
 Y pone su honor en salvo.

Lleno de polvo y de sangre
 Torna el joven denodado,

BIBLIOTECA ALFONSO X

A quien Rocha dice al punto
Estrechándolo en sus brazos:
—«Te admiraba como un genio,
«Hoy te admiro como un bravo».

III.

Era aquel joven, un indio
De rostro expresivo y franco;
En la tribuna un Demóstenes,
En la campaña un Bayardo;
Tierno y dulce con el pueblo;
Soberbio para los altos.
La juventud pensadora
Tuvo en él Mentor y hermano,
Pues como un padre la quiso
Y la elevó con su brazo.

Hoy duerme el eterno sueño,
Mas de la historia en los fastos
Son las letras de su nombre
Como refulgentes astros.
Era el honor de mi patria,
Era.... ¡¡Ignacio Altamirano!!

Febrero de 1893.

RECUERDOS DE MAYO

Á MI ILUSTRADO Y MUY QUERIDO AMIGO ROSENDO PINEDA

Cuando ya el cuerpo sustenta
Cerca de cuarenta Abriles,
Y ya pico en los cuarenta,
La memoria se alimenta
De recuerdos infantiles.

Voy á narrar una historia
Oportuna en este mes,
Mes de recuerdos de gloria,
Es un hecho, una memoria
Que tiene algún interés.

Sano, fuerte y bullicioso,
Creyendo en muchas quimeras
Era yo un rapaz dichoso,
Como que estaba orgulloso
De mis trece primaveras.

Del mundo solo sabía
Lo que á la inocente tropa
Enseña la geografía,
Que hay Asia, Africa y Europa
Y América y Oceanía.

Aún estaban en fermento
Mis gustos y mis ideas;
Juzgaba la historia un cuento
Y el amor un sentimiento
Que se apaga ante las feas

Estudiaba sin desmayo,
Conversaba sin misterio,
Era por activo un rayo
Y así llegué á un mes de Mayo
En la época del Imperio.

El pueblo á Maximiliano
Le llamaba sin temor,
En estilo liso y llano,
En lugar de « soberano »
« Intruso y usurpador ».

Los estudiantes, agenos
A las pompas imperiales,
Escuchábamos serenos
Esos epitetos llenos
De resabios liberales.

En nuestros pechos ardía
La libertad como norma,
Como faro, como guía,
Eran nuestra idolatría
Los hombres de la Reforma.

A la estudiantina grey
Nada importaban la Corte
Ni los festejos del Rey;
Sabía sólo que la ley
Andaba en Paso del Norte.

Por fin, en una ocasión
Se puso á prueba el colegio
Con una extraña función:
La solemne recepción
De un huésped preclaro y regio!!

Cada cual se disponía
A la fiesta sorprendente
Que agitados nos tenía;
¡¡El Emperador vendría
A vernos el día siguiente!!

Y era la fecha elegida
Una que en gloria reboza
De nuestra historia en la vida:
¡¡La que en Puebla dejó ungida
Con su triunfo Zaragoza!!

Convenimos con recato
En conmemorar tal hecho
Dando al gobierno un mal rato;
¿Cómo? ¡¡Ostentando el retrato
De Zaragoza en el pecho!!

Fué un complot hecho de bruces,
Cada cual tendió la mano
Jurando por las tres cruces
Ser muy digno á todas luces
De llamarse mexicano.

Y en ademán decisivo
Que mi memoria no olvida
Juramos por el Dios vivo
Penernos tal distintivo
A una señal convenida.

Llegó el momento anhelado,
Pusieron en un salón
Todo el colegio formado
Ya dispuesto y arreglado
Para la gran recepción.

Entra el monarca y atento
Saluda, suena un rumor,
Y en un solo movimiento,
Cada cual muestra contento
La efigie del vencedor.

— ¿Qué es esto? — Maximiliano
Dice, y sin temer revases
Un chico responde ufano:
« ¡¡Un jefe republicano
Que derrotó á los franceses!! »

El Director quedó mudo
Y los que estaban allí
Ante un responder tan rudo;
Sacó el príncipe un escudo,
Lo dió al chico y dijo así:

« Vuestra lealtad es notoria
Y yo la debo premiar,
De los héroes es la gloria
Y en el mundo y en la historia
La debemos respetar ».

Prodújose un gran rumor
Que retumbó como un rayo
Y aquel grupo encantador
En vez de « al Emperador »
Vitoreó « al 5 de Mayo ».

EL GRITO DE INDEPENDENCIA.

(RECUERDOS DE MI INFANCIA)

Allá en las horas más dulces
De mi fugitiva infancia,
Sirvióme de cuidadora
Una mujer muy anciana;
Con su rostro todo arrugas,
Su cabeza toda canas,
Y su corazón tranquilo
Todo bondad y esperanzas.
De noche junto á mi lecho
Mil historias me contaba
De geniecillos y ninfas,
De trasgos y de fantasmas.
¡Pobrecilla! cuántas veces
En estas noches amargas
En que repaso tristezas
En mi alcóba solitaria,
Al oír que de la torre
Vuelan en lentas parvadas
Las mismas horas que entonces
Pasé á su lado tan gratas,
He pensado en ella y visto
Llegar su sombra á mi estancia
Pretendiendo como en antes
Secar con cuentos mis lágrimas!
En cierta vez caí enfermo,
La fiebre me devoraba
Y en mi delirio quería
Para volar tener alas.
« Dámelas tú » — grité altivo —
« Tú nunca me niegas nada ».
— « Es verdad, nada te niego,
Pero no sufras, ten calma,
Las alas que Dios te ha dado
Las tiene tu ángel de guarda,
Esta noche se las pido
Y te las daré mañana ».

Nunca le faltó manera
De responder á mis ansias,
Y siempre al verme llorando,
Con la paciencia más santa,
Me dijo tales ternuras
Que aún me conmueven el alma;
Ella, que al velar mi sueño
De puntillas caminaba,
Y porque rumor ninguno
A mis oídos llegara
Iba á sosegar el péndulo
De un viejo reloj de sala;
Ella, que jamás hubiera
Permitido á gente extraña
Lanzar un débil suspiro
A dos pasos de mi cama,
Que en balcones y rendijas
Cortaba al aire la entrada
Y por no causarme susto
Rezaba siempre en voz baja;
Una noche fué á mi lecho
Alegre y entusiasmada
Diciéndome: — ven, despierta,
Ya es hora.... no tardes.... anda!
Sobrecogido de miedo
Yo le pregunté: ¿qué pasa?
— Ya lo sabrás cuando escuches
El vuelo de las campanas,
El tronar de los petardos
Y el disparo de las salvas —
Abrigado hasta los ojos
Salí con la pobre anciana,
Y en un sueño del paraíso
Me fingió lo que miraba.
Desde las enhiestas torres
A las humildes ventanas,
Lo mismo en extensas calles
Que en las más estrechas plazas,
Faroles y gallardetes,
Banderolas y oriflamas
Con los hermosos colores
De la bandera de Iguala.
Y al escuchar tantos gritos,
Tantos himnos, tantas dianas,

El rumor de los repiques
 Y el estallar de las salvas,
 En brazos de mi niñera
 Lloré sin saber la causa.
 — Lloras de placer, me dijo, —
 Esta es una fiesta santa,
 La sola fiesta que alegra
 Mi corazón y mis canas.
 « Hoy es quince de Septiembre,
 Y en esta noche sagrada,
 Hace cuarenta y cuatro años,
 Si mi memoria no es mala,
 Un cura humilde en Dolores
 Hizo nacer á la Patria.
 Cuando era yo jovencita,
 Mi padre, que en paz descansa,
 Me traía de la mano
 En esta noche á la plaza
 Para repetir con todos
 Los que aquí gozan y cantan,
 El grito de Independencia
 Que repercute en el alma;
 Mi padre, mi pobre padre
 Fué soldado de Galeana;
 Pero mira... allí está el héroe »
 Alcé mis ojos con ansia
 Y vi un inmenso retrato
 Entre lucientes guirnaldas
 Bañado por los reflejos
 De las luces de Bengala.
 Un rostro apacible y dulce,
 Una frente limpia y ancha,
 Una mirada de apóstol,
 Una cabeza muy cana....
 Era Hidalgo, el Padre Hidalgo,
 El salvador de la Patria!
 ¿Lo ves? me dijo temblando
 De regocijo la anciana....
 Sí, le respondí, sintiendo
 No sé qué dentro del alma,
 Y entonces á un mismo tiempo
 Con las manos enlazadas,
 Nos pusimos de rodillas
 Llenos los ojos de lágrimas.

1891.

¡PATRIA!

Á MI QUERIDO AMIGO FRANCISCO SOSA.

I.

Ayer mi primogénita Conchita,
 Alma en flor de mis dulces ilusiones,
 Me dirigió una carta, que está escrita
 Con letras que parecen moscardones.
 No falta, por supuesto, el sobrescrito
 Que dice — « *A mi papá* » — yo soy lo veo;
 ¡Buen chasco se pegaba el angelito
 Si mandara su epístola al correo!
 Con mucha gravedad he roto el nema,
 Que, sin seguir la práctica aceptada,
 No es monograma, ni blasón, ni lema,
 Sino un poco de goma mal untada.
 El papel de la carta maravilla
 Por su extraño doblez y su figura,
 En sus mejores tiempos fué planilla
 De un cuaderno segundo de escritura.
 Doy principio á leer y no comento:
 « Mi querido papá, mucho te extraño;
 Margot está muy gorda, y Juan contento,
 Porque ha estrenado, al comenzar el año
 Te vas á sorprender con su vestido;
 No te quiero contar, son calzoneras;
 Su sombrero jarano, y le han traído
 Una de esas pistolas de... de veras.
 No digas que te dije, si pregunta,
 Porque si no, dirá que soy muy mala;
 Ven á ver su pistola, si te apunta,
 No te asustes, papá, no tiene bala.
 Ya no te escribo más; en otro día
 Seré tan larga como tú lo pides;
 Adios papá, bendice á tu María....
Post-data. — Mi muñeca; no te olvides ».

II.

Al domingo siguiente, muy temprano,
 Tomé asiento en un coche de primera
 De aquel tren más inglés que mexicano
 Que lleva á Veracruz, no á la frontera.
 Dos horas de camino con el alma
 Henchida por las gratas impresiones
 De una mañana alegre y á « La Palma »
 Llegó, como quien dice, en dos tirones.
 Abandono el vagón, y lo primero
 Que á mi vista en el campo se presenta,
 Es Juanito vestido de rancho
 Tal y como la carta me lo cuenta:
 Un sombrero jarano con toquilla,
 Un freno á cada lado por chapeta,
 Un ancho barboquejo con hebilla,
 De cuero de venado la chaqueta.
 Amplia la calzonera y con galana
 Botonadura; la corbata suelta;
 Al cinto la pistola en la canana,
 La mano airosa ante la crin revuelta.
 Espuelas de Amazoc, cuyos pavones
 Ni el tiempo borra ni el andar maltrata;
 Ostentando en sus mil incrustaciones
 Gallardas cifras en bruñida plata.
 En el sencillo fuste, por adorno,
 Redondos chapetones cincelados,
 Y de la teja y la cabeza en torno,
 Anchos cercos de plata repujados.
 Cubierto el hombro por la manga oscura
 De paño azul y de olvidada usanza,
 Con fleco y con galón la embocadura:
 Fleco que al sol sus esplendores lanza.
 Y tal me pareció que revivía
 Con su traje y airoso continente,
 El tipo que mi ardiente fantasía
 Formara en mi niñez de un insurgente
 Adelantó el caballo, mezcló un grito
 De júbilo con una carcajada,
 Y me puse á mirarle de hito en hito
 Fingiéndome una sorpresa inesperada.

III.

Después, cuando ya juntos caminamos,
 Hablábamos los dos de esta manera:
 (Antes debo advertir, que á lo que hablamos
 Puede ó nó darle crédito cualquiera).
 — ¿Por qué dices, papá, que te parece
 Que soy un insurgente? dí: ¿qué es eso?
 — Te lo voy á explicar, pero merece
 Un prólogo de amor ¿me das un beso?
 Hace ya muchos años... todavía
 El abuelito de que fuiste encanto...
 — ¡Ah! sí, mi papá grande... No nacía.
 — ¿Hará como cien años?

— No, no tanto.

Era el año de diez, han transcurrido
 Desde entónces acá, más de setenta...
 — ¿Serán doscientos años?

— ¡Aturdido!

En nombre de tu edad, no hagas la cuenta.
 Hubo por aquel tiempo una gran guerra:
 Luchaban los de aquí con los extraños
 Por quitarles el mando en esta tierra,
 Y fué tan grande que duró diez años.
 — Y quién ganó por fin?

— Poco me extraña

Esa pregunta de la cual me río;
 ¡Luchábamos nosotros contra España
 Y ganamos nosotros, hijo mío!
 Pero voy á decirte en breve historia
 Como tan noble triunfo conseguimos,
 Rogándote la guardes tu memoria
 Por ser del suelo en que los dos nacimos.
 Muy cerca de la hacienda, en aquel llano
 La iglesia desde aquí bien se divisa;
 Vive un amable cura muy anciano,
 Que los domingos viene á decir misa.
 ¿Ya lo conoces?

— Sí.

— Mucho cariño

Te profesa por cierto el buen abate...
 — Sí, ¿no sabes? me llama su buen niño,
 Y me convida pan y chocolate.
 — Pues bien, de igual edad, con los honores

Mismos que él tiene, amado por las gentes
 Hubo un cura en el pueblo de Dolores,
 Al cual debemos ser independientes.
 Era de noble corazón, y dijo:
 «Cuanto tengo en la tierra y cuanto valgo
 Por mi patria lo doy como buen hijo.»
 Era aquel cura ¡Don Miguel Hidalgo!
 Y sin más que su esfuerzo y su conciencia
 Que la alta voz del patriotismo escucha,
 Proclamó sin temor la Independencia
 Y antes que nadie se lanzó á la lucha.
 Muchos le acompañaron, mas la suerte
 Correspondier no supo á sus desvelos;
 Por darnos libertad halló la muerte
 Dejando en su lugar al gran Morelos.
 Era cura también de pobre aldea,
 Pero dotóle Dios de tal bravura
 Que era un rayo de Dios en la pelea
 El que manso pastor era de cura.
 Ejércitos formó, rompió murallas,
 Hizo temblar al enemigo osado,
 Y en tres años ganó tantas batallas
 Que el mundo todo lo miró asombrado.
 — ¿Ese llegó á ganar?

— Dios no lo quiso,
 Murió sin desmayar altivo y fiero;
 Pero seguir luchando era preciso
 Y así para luchar surgió Guerrero.
 Hijo del pueblo, ardiendo en sus entrañas
 El fuego celestial del patriotismo,
 Era un león nacido en las montañas,
 Que arrulló el huracán sobre el abismo,
 Modelo de valor sin arrogancia,
 Con un corto puñado de valientes
 Ejemplo fué de indómita constancia
 Y faro de las tropas insurgentes.
 ¿Entiendes lo que digo? Aquellos bravos
 Que, sin medir peligros, duelos, penas,
 Les dieron libertad á los esclavos,
 Rompiendo al oprimido sus cadenas;
 Aquellos hombres cuyo arrojo fiero
 Todo lo grande y lo sublime entraña;
 Sin títulos, ni honores, ni dinero;
 Sin más cuartel que el llano y la montaña;

Que siempre estaban en constante guerra
 Sufriendo los rigores de la suerte,
 Sin esperar más premios en la tierra
 Que eterna cárcel ó afrentosa muerte.
 Con una manga tosca por abrigo,
 Con un nombre sin mancha por herencia
 Con su caballo por mejor amigo,
 Y por única fe la independencia.
 Esos que tantos hechos ignorados
 Nos dejan para asombro de las gentes,
 Fueron del pueblo libre los soldados
 Y son los que se llaman insurgentes.
 Esta tierra que ves y en que tenemos
 Aire, luz, casa, pan, amor, ventura,
 A su valor heroico la debemos;
 Nos la dieron su arrojo y su bravura.
 Este sol, estos campos, este cielo,
 Es todo nuestro con su honor ungido:
 Aquí naciste tú, nació tu abuelo,
 Y nació yo también; es nuestro nido.
 Es la gran madre y Patria se la llama;
 Nada en su bien te asuste ni te asombre:
 Su amor enciende la divina llama
 Que alienta y mueve el corazón del hombre.
 Más que en mí, más que en tí, todo el cariño
 De que fueres capaz, cífralo en ella,
 Y en tu inocente corazón de niño
 Brille ese amor como fulgente estrella.

IV.

Después, al terminar nuestra jornada,
 Quedéme largo rato pensativo,
 Y dije á Juan, fijando una mirada
 En su semblante alegre y expresivo:
 — Ya ves por qué me gustas de ranchero;
 Grita, cual si te oyeran muchas gentes:
 ¡Viva Hidalgo, Morelos y Guerrero,
 Y vivan los soldados insurgentes!
 ¡Vivan! repitió el niño entusiasmado;
 Yo su grito escuché con embeleso,
 Y le dije: pues hemos acabado,
 Te daré como epílogo otro beso!

1885.